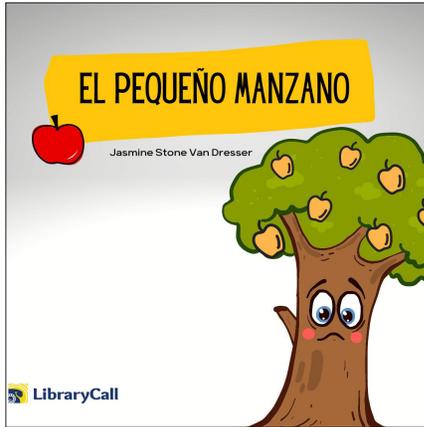


El Pequeño Manzano



*By Jasmine Stone Van Dresser,
adapted for LibraryCall*

Este cuento se llama El pequeño manzano escrito por Jasmine Stone Van Dresser. Esta es una adaptación y grabación de LibraryCall.

En un hermoso huerto lleno de árboles cargados de brillantes manzanas redondas, un pequeño manzano suspiró. A diferencia de los otros árboles, sus manzanas permanecieron pequeñas, verdes y duras.

“Todavía soy un árbol joven. Quizás mis manzanas madurarán más lentamente”, pensó. “Debo ser paciente. Y espero que, en poco tiempo, mi fruta también empiece a ponerse roja”.

Así que, día tras día, esperaba que sus manzanas verdes comenzaran a ponerse rojas. El tiempo parecía pasar lentamente.

Un día, mientras esperaba, el arbolito escuchó unos extraños píos provenientes del interior de sus ramas. Pronto, un pájaro con hermosas plumas azules llegó volando entre las densas hojas y aterrizó en el nido que había construido entre las ramas del pequeño manzano. El arrendajo azul tenía un gusano en el pico.

“¡Mis bebés han nacido!” ella declaró con alegría. El nido había estado tan bien escondido entre las ramas, que ni siquiera el manzano se había dado cuenta de que estaba allí. Los huevos se habían protegido de las tormentas de lluvia, el calor intenso y los animales hambrientos. Feliz de darse cuenta de que había sido de ayuda, el pequeño manzano acurrucó sus ramas más cerca del nido.

Por fin, los pajaritos se hicieron lo suficientemente fuertes como para volar. Después de dejar su nido, los pajaritos se quedaron en el huerto de manzanos y, a menudo, se posaron en el arbolito.

Otros animalitos también usaron el manzano como refugio. Una ardilla se instaló bajo una roca al pie de su tronco, los escarabajos subieron por su corteza en busca de hojas para comer y los pájaros cantores entraban y salían de sus ramas.

Al pequeño manzano le encantaba ayudar a los animales en el huerto, pero no podía dejar de preocuparse por sus manzanas verdes. Todavía no parecían mostrar ningún signo de maduración.

Después de muchos largos días de verano, finalmente llegó septiembre. Los otros árboles con sus hermosas manzanas rojas parecían brillar a la luz del otoño. Pronto, los trabajadores comenzaron a recoger las manzanas maduras y ponerlas en barriles para venderlas.

Los árboles que tenían manzanas rojas se reían y susurraban entre ellos, y el arbolito se preguntaba si se reirían de él con su dura fruta verde.

“Parece que mi fruta nunca madurará”, pensó miserablemente.

A mediados de septiembre, las ramas de los árboles con manzanas rojas comenzaron a doblarse con el peso de sus frutos maduros. Esas manzanas debían cosecharse rápidamente, antes de que comenzaran a caer al suelo. Los trabajadores recogieron barril tras barril de la abundante cosecha.

Al final del mes, el arbolito se quedó solo con sus ramas llenas de inútiles manzanas verdes. Se sintió impaciente y desanimada.

Aunque la fruta del pequeño manzano seguía siendo de color verde, sus manzanas habían crecido significativamente. Sus ramas se doblaban casi hasta el suelo con su peso. Sacudió las ramas y trató de deshacerse de algunas manzanas; parecía inútil llevar tanta fruta no comestible. Pero las manzanas no se cayeron.

Llegó octubre y los días claros y frescos del otoño se hicieron cada vez

más cortos. El arbolito estaba solo. La ardilla estaba cómoda en su guarida y los pájaros habían volado hacia el sur durante el invierno. Los otros árboles habían terminado su trabajo y se estaban preparando para su larga siesta invernal.

En noviembre, la escarcha comenzó a cubrir el suelo por la noche. El pequeño manzano ya no le prestó mucha atención a su fruto. Las manzanas todavía se aferraban fuertemente a sus ramas, pero el arbolito había perdido la esperanza de que se volvieran rojas y deliciosas. Sus manzanas eran ahora de un color marrón oxidado y pensó que debían estar pudriéndose.

Un día, el arbolito escuchó voces en el huerto. Trabajadores que llevaban cestas y escaleras caminaban hacia él. Para su asombro, los trabajadores se detuvieron justo debajo de sus ramas, apoyaron sus escaleras contra su tronco y subieron.

“¡Estas manzanas se ven perfectas!” dijo un hombre, dejando caer frutas en su cesta con un golpe. “¿Han visto algo más hermoso que este rico marrón dorado?”

“Las manzanas Russet siempre han sido mis favoritas”, dijo otro trabajador. “Me encanta su sabor dulce a nuez. Maduran al final de la temporada, pero en mi opinión, ¡la naturaleza guarda las mejores manzanas para el final!”

“¿Manzanas Russet?” se preguntó el manzano. “Russet significa un color marrón amarillento. ¿Es cierto que mis manzanas nunca debieron ponerse rojas?”

Examinó las manzanas de sus ramas y, contra el cielo azul intenso de noviembre, las vio con una nueva luz. Sus manzanas ya no parecían estar podridas. En cambio, ahora las veía como adornos de oro.

“Oh”, dijo el. “No me di cuenta, pero mientras el resto del huerto dormía, ¡yo produje estas dulces manzanas doradas!”

Los trabajadores terminaron de recoger sus manzanas. Las frutas se llevaban a grandes contenedores en la bodega de la granja, donde continuarían endulzándose durante los largos meses de invierno.

El pequeño manzano sonrió. Se sentía bien saber que sus manzanas eran perfectas exactamente como estaban. Su trabajo estaba terminado, así que el pequeño manzano soltó el resto de sus hojas y se durmió. Producir las manzanas más dulces del mundo era un gran trabajo y sabía que necesitaba todo el descanso que pudiera conseguir.